

Una alternativa de aprendizaje: los talleres literarios

Graciela Perriconi*

El sistema educativo se ha valido de numerosos recursos, métodos y propuestas para tratar de alcanzar un grado más calificado de aprendizaje de la lengua y de la literatura. Entre los primeros y los últimos, en el centro de interés de nuestros días, está la modalidad del taller. El maestro Iglesias, las hermanas Cosettini, los talleres de la SADE, los grandes poetas y escritores que agruparon a su alrededor a jóvenes con inquietudes de crecer en su abordaje a la literatura, todos, fueron generando una forma de trabajo particular en nuestro país que probablemente sea semejante a otras formas en países hermanos. Nos referimos al trabajo democrático por lo que tiene de participativo y comprometido, comunitario, compartido y lúdico que se lleva a cabo en pequeños grupos sobre la palabra o sobre un texto escrito de carácter estético.

El taller que se ha tornado una "experiencia original" para algunos por lo selectivo que erróneamente parece encerrar o bien por lo correctivo y terapéutico que también posee en algunos encuadres, tiende a internalizarse como forma cotidiana de trabajo. Lo importante del cambio radica en la posibilidad de que el taller se integre en las actividades curriculares que se desarrollan en todas las escuelas del país, no sólo en las privadas o en algunas públicas con un cierto tono de originalidad, sino que se integre como una manera específica de entablar vínculos profesionales que permitan mayor participación, por lo tanto un mejor nivel de integración en el trabajo.

Ahora bien ¿qué es un taller y por qué le dedicamos un espacio de reflexión? El taller es una experiencia de trabajo colectivo que tiene un fundamento lingüístico-literario y una cierta progresividad en el tratamiento de los temas. Es un lugar donde se puede reivindicar la libertad aprendiendo a disfrutar de las palabras. Se puede experimentar el placer de convertir lo convencional en una obra creativa, invirtiendo el orden lógico de las palabras, jugando con los sonidos, penetrando en la sustancia verosímil de lo literario, siempre distante de la realidad que intenta obstinadamente reproducir.

El taller es un lugar para escribir, escribir implica necesariamente pensar, por lo tanto no es ajeno al campo cognoscitivo; se produce una ejercitación de las áreas intelectuales, sociales y afectivas de la conducta humana que tiende a lograr un hombre más libre en su pensamiento y más sensible en su manera de insertarse en el mundo. Es importante dedicarle atención al modo como se entablan nuevos contactos entre los integrantes del taller, pues afianza lo personal de pensar, sentir, escribir o hablar. El taller da permisos, pero no es permisivo, es un universo libre, no individual, cada persona puede reírse de sí misma, de los otros y corregirse a la vez que corregir. Esto se logra porque el juego es el centro de operaciones donde se reúne la creación. No se aprende a ser escritor en un taller, no se aprende a ser dramaturgo ni poeta pero sí se aprende a no tener miedo de expresarse a

* La Licenciada Graciela Perriconi es especialista en literatura infantil.

través del lenguaje; por el contrario el lenguaje se debe convertir en un medio de autoafirmación y de autoestima. Las actividades que surgen de una propuesta aceptada por todos los que forman parte del taller son coordinadas por un docente, un escritor o un investigador, alguien que conozca muy bien las técnicas del taller y las posibilidades de producción que éste ofrece además que tenga condiciones para conducir un grupo humano de niños, adolescentes o adultos.

La finalidad de la actividad del taller es "la producción" de mensajes escritos u orales de carácter estético. Ahora bien, para llegar a producir ¿qué es necesario hacer? Varias acciones: leer detenidamente textos literarios, investigaciones, ensayos, bibliografía variada. Interpretar, discutir y poder ir formando una ideología sobre cada uno de los temas. Escribir con consignas múltiples, inventar historias a partir de palabras insólitas que existen en la realidad pero que el hablante desconoce, "dar lugar a la fantasía", escribir relatos breves, cuentos, poesías, aplicando técnicas de elaboración, investigar sobre la obra general de algún autor en particular y poner todo el trabajo a consideración de los otros: "En el taller todo texto es bien aceptado. Esta buena aceptación se traduce frente a los textos de los más pequeños en una valoración positiva. A medida que los integrantes del taller son mayores, esta aceptación se formula cada vez más como un comentario o análisis de aquellos aspectos del texto que ofrezcan mayor interés. El comentario de signo negativo está absolutamente excluido. Nunca un texto está mal..." (Pampillo, 1981).

Esto significa que ningún texto es considerado un campo de exploración del déficit lingüístico de cada persona sino por el contrario debe considerarse como el ámbito propicio para evaluar los logros, y si hubiese errores éstos deben ser tomados en cuenta por el grupo para su análisis y positiva devolución. Esta postura en la evaluación del trabajo cambiaría totalmente la perspectiva del maestro si el taller se convirtiera en una actividad cotidiana porque integraría la gramática, la estilística y otros campos en una tarea creativa. Poder valorizar íntegramente el trabajo de cada niño, de cada joven o adulto desde sus posibilidades no desde sus limitaciones es otra peculiaridad del taller. La crítica inflexible resulta inadecuada y no es educativa, insistimos que se trata de valorizar no de criticar.

¿Cuáles son los momentos, qué implica este trabajo de taller? Hablamos anteriormente de la formulación de una propuesta sobre la que se va a organizar la actividad. Luego sobreviene la lectura y comentario de diferentes textos o bien el trabajo con la lengua. Un tercer momento es la escritura, sobre lo que se ha investigado, sobre lo que se ha leído, sobre vivencias o producciones de la fantasía y, finalmente, la evaluación. Estos momentos no son rígidos, si bien responden a una necesaria planificación. Esta no puede ser tomada como una categoría infranqueable, casi matemática; generalmente lo que hace que las metodologías se distorsionen es la inflexibilidad que se pone en ellas. La selección del material de trabajo y lo que se realiza con él es una tarea que coordina el docente a cargo del taller pero que se programa entre todos.

El docente coordina pero es uno más, porque debe sentir con los otros, participar, actuar, discutir, contener y estimular toda la producción. De allí que para un docente tan intelectualizado como el nuestro en sus mecanismos de acercamiento al saber, sentir lo que va conociendo, descubrir que los caminos de aproximación al libro son múltiples, que los debe descubrir a la vez que ayudar a los otros a hacerlo, que las palabras le pertenecen en su lógica, en su necesidad de transgredir lo convencional, en su belleza y en su crueldad; saber, en definitiva, que hay un mundo que no se conoce por lo normativo sino por lo vivido, es un verdadero hallazgo y además contribuye a la evolución como persona, esto es una real experiencia educativa en el sentido más abarcativo del término.

Hacer un taller es una provocación de la lectura, porque es convocar en lo cotidiano del encuentro lo insólito del juego de poder decir y hacer algo diferente y mostrarlo. Los alumnos aprenden, pero el coordinador aprende mucho más. El camino es una trayectoria de sensibilización con la lectura y la escritura, es un vehículo de las indefinibles maneras de saber que tiene el hombre que pasa por lo sistemático de la escuela. Esto es lo más importante, si el maestro adoptara la metodología para analizar oraciones, para extraer los pronombres de un texto literario o para inventar modos más originales de retener una poesía, la distancia sería la misma que puede plantearse en las escuelas hoy. La distancia está generada por el mal uso que el adulto hace de su lenguaje y de su literatura.

Se trata de aproximarnos para disfrutar más de todas las propuestas que surgen a partir de la palabra y para convencernos de que éstas actividades sostienen los aprendizajes verdaderos porque se fundamentan en la vida.

Referencias bibliográficas

- Blanco, L. **Taller literario en la escuela**. Taller, 1986.
- Bourneuf, D. y Paré, A. **Pedagogía y lectura**. Colombia: Cerlal, Kapelusz y Procultura, 1983.
- Gamarra. **El niño y el libro. Importancia de la lectura en la educación**. Buenos Aires: Kapelusz, 1976.
- G.F.F.N. **El poder de leer**. Gedisa, C. Hombre y Sociedad, 1978.
- Grafein. **Teoría y práctica del taller**. Madrid: Altalena, 1981.
- Hazard, P. **Los libros, los niños y los hombres**. Barcelona: Juventud, 1972.
- Merlino, M. **Cómo jugar y divertirse con las palabras**. Madrid: Altalena, 1981.
- Cómo jugar y divertirse con el periódico**. Madrid: Altalena, 1980.
- Pampillo, Gloria. **El taller de escritura**. Buenos Aires: Plus Ultra, 1981.
- Patte, G. **Si nos dejan leer**. Colombia: Cerlal, Kapelusz y Procultura, 1984.
- Rodari, G. **Gramática de la fantasía**. Reforma de la Escuela, Barcelona.
- Sandroni, L. y Machado, L. **El niño y el libro**. Colombia: Cerlal, Kapelusz y Procultura, 1984.
- Soriano, M. *Guide de littérature pour la jeunesse*. Flammarion, 1975.